



El enjalbegue

Todo necesita de una renovación, de un reensamblaje que haga volver, al menos, a los inicios visuales; dejar caer en los lienzos resobados por el uso diario, ese nuevo restaurador que vuelva a reimprimir la efigie de la lozanía y la albura de los sueños. La vida se compone de una serie de cuadros, de un concierto de notas, de unas páginas escritas por la pluma de los deseos, que hacen virar casi constantemente el rumbo que se imprime a la barca que la transporta. Y en todo ese cúmulo de incidencias operatorias, se produce el deterioro, el ajado y raído de aquellas obras de nuestra incumbencia, de los laterales donde permanecemos, y de toda esa gama de condiciones que surcan nuestras existencias. Necesitamos, como las casas antiguas, ese enjalbegado que transformaba sus fachadas viejas en luminosas y radiantes, en nuevas ventanas al optimismo de querer seguir viviendo; a pesar de los desconchados y escalones, cada vez más grandes y altos, que nos van imponiendo el tránsito de las etapas de la existencia.

Hace años, por estas tierras de nuestros anhelos, siempre fue costumbre una vez pasada la semana santa, tratar de remozar y embellecer en lo posible, las casas, corrales y otras dependencias de la misma. Se iniciaba con la reparación de los desconchados en las paredes exteriores, desmontando los huecos, abriéndolos y estrayéndolos las tierras reseca y desmoronadas de la argamasa de cal con que fueron ejecutadas; porque antiguamente, para ejecutar obras de mampostería y enlucidos, se usaban morteros de cal apagada, con arena y agua, que eran muy útiles y económicos, ya que con ellos se conseguía un endurecimiento muy aceptable de la obra realizada, al mismo tiempo que se evitaba el uso de otros conglomerantes más efectivos y de mayor resistencia, pero escasos y de costo muy elevado en aquellas fechas. Todos los desperfectos, huecos en paredes de fachadas y laterales de las casas, después de limpios de residuos y debidamente humedecidos con agua, se iban rellenando con mortero de cal, incrustando para mayor consistencia, alguna que otra piedra caliza o también cantos rodados, terminando con el enlucido de la parte afectada.

Del mismo modo se reparaban todas aquellas dependencias donde era necesario cubrir roturas, grietas o desconchones de la humedad, realizándose de manera artesanal todas las operaciones que hemos descrito. Se dejaban secar un determinado tiempo todas aquellas operaciones, teniendo buen cuidado que no quedase humedad alguna, y que las aportaciones de mortero de cal y arena, -con las piedras y cascotes introducidos

en la misma-, hubiesen fraguado de la mas completa y mejor manera. Y así, de modo consecuente y en congruencia con lo perseguido, se iba rematando todo aquello que pudiera ser óbice o interferencia en la última y definitiva operación del enjalbegado final.

Se preparaban los mas variados recipientes de capacidad adecuada; tinajas, corcioletos, bidones y recipientes de chapa de hierro. Dejábase caer en ellos la cal viva, nombre común de esa substancia de color blanco o grisáceo, ese óxido de calcio que al verter agua sobre el mismo, se produce un gran desprendimiento de calor, y que cuando cesa ese proceso de hidratación se dice que está apagada y se halla lista para comenzar el enjalbegado de todas las fachadas, paredes, aleros de los tejados por su parte inferior, bocatejas, y todas aquellas dependencias que habían sido reparadas con anterioridad. Para esta operación manual de enjalbegar, las mujeres se blindaban con las ropas mas viejas, pañuelos a la cabeza que cubriesen el cuero cabelludo, se protegían las piernas del mismo modo, y utilizaban gafas de sol o de otra clase para proteger los ojos de la posibilidad de una gota de cal en los mismos, que naturalmente producía daños considerables. Por lo mismo, los hombres se protegían similarmente y con un pañuelo viejo de hierbas colocado bajo la gorra, guarecían sus cuellos y nuca.

Era una auténtica obra de artesanía el logro final de un encalamiento en toda regla... era también el lenitivo que suaviza los calores incipientes del verano en ciernes



Martín
Giménez
Vecina

Se utilizaban escobillas de esparto picado para extender la cal líquida sobre los paramentos, mojándose en los cubos o cacharros utilizados como recipientes de cada uno, frotando adecuadamente para que quedase bien extendida. También se utilizaban trozos de arpillera que, envolviendo a un lío de trapos sujeto a la punta de un palo como mango, se constituían en una especie de hisopo para restregar la cal sobre las paredes. Para las alturas superiores a las posibles con escalera, se recurría a una vara larga que llevaba acodada una escobilla de esparto en la punta, llegando a todos los rincones. Era una auténtica obra de artesanía el logro final de un encalamiento en toda regla, porque aparte de esa hermosura blanca que se imprimía a las casas y viviendas, era también ese lenitivo que suaviza los calores incipientes del verano en ciernes.

Decía al principio que todo necesita una renovación, una nueva puesta a punto de cada uno de nuestros desconchados álgidos y críticos. Necesitamos ese enjalbegado humano que de un nuevo color, una nueva albura a los tiempos que se nos vienen de recibo; y quien mejor que nosotros mismos, para imprimirnos esa capa de cal espiritual que sane y limpie nuestros deseos de convivencia y fraternidad.